

Debates presidenciales; de aquel fatídico 1994 a la fecha

La gran inauguración



Arturo Ramos Ortiz
nacional@cronica.com.mx

La apertura democrática se enredó en 1994, año en el que un ejército indígena había declarado la guerra, desde Chiapas, al Estado mexicano; año en el que moriría Luis Donaldo Colosio en un atentado al otro extremo del país, y año en el que la presunta solidez salinista mostraba sus grietas. Fue también el año en que se efectuaría el primer debate entre candidatos presidenciales. Sería sólo entre los tres que la lógica marcaba como favoritos: Cuauhtémoc Cárdenas

Solórzano, entonces indiscutible líder de la izquierda; Ernesto Zedillo, sustituto de Luis Donaldo Colosio y el abogado Diego Fernández de Cevallos, por el PAN. Por acuerdo entre ellos y sus partidos, sin ninguna justificación, aunque en ese momento la falta de reglamentación les dejaba el camino libre, se dejó fuera a Cecilia Soto (PT), Jorge González Torres (PVEM), Rafael Aguilar Talamantes (PFCRN), Alvaro Pérez Treviño (PARM), Marcela Lombardo Otero (PPS) y Pablo Emilio Madero (PDM).

Cecilia Soto sería uno de los primeros fenómenos de “vía al-

terna” a los partidos más fuertes debido a su excelente argumentación y por tener la capacidad de generar confianza en el elector. El resto de los “presidenciales” se dieron a raíz de fracturas en viejas alianzas, siendo las más notables las de partidos que antes apoyaron a Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y que para 1994 estaban alejados del ingeniero.

A la postre, Zedillo mostraría la medida (grisetud, dirían sus detractores) que le caracterizaría una vez investido presidente. Acaso se exalta cuando Diego Fernández de Cevallos le espetó que su candidatura es ajena

a méritos, que se la concedió la desgracia que representó el asesinato de Colosio. Pero de allí en fuera, argumenta, plantea lo logrado por su partido, el PRI, en sus 60 años al frente del Ejecutivo Federal y la necesidad de continuar con cambios en materia económica y de desarrollo social.

Zedillo no será el ganador del debate, pero sí de la elección. Votantes alarmados por el asesinato de Colosio y la guerra en Chiapas salen masivamente a votar por ese discurso mesurado, por promesas de cambios mínimos y por ese candidato sustituto que representa en la televisión nacional el regreso a la paz y a los días más tranquilos y predecible de un México que está quedando en el pasado. ●



Sin duda, el ganador del debate fue Fernández de Cevallos, el único que entendía ese día la dinámica del enfrentamiento verbal y que llevó preparadas “pruebas” de sus acusaciones contra sus contrincantes. Zedillo optó por confrontarlo con cautela; Cárdenas pidió esquina y lo conminó a que centrara sus ataques en el candidato del PRI.



La moderadora si importa y lo demostró Mayte Noriega en ese primer debate. No hizo sino explicar el procedimiento del encuentro y ceder la

palabra (incluso se equivocó y quitó unos minutos a Zedillo), pero su presencia consolidó la percepción de que el debate se trataba de un hecho relevante.

Hoy, hoy, hoy. Año 2000

“No seas terco, Vicente”, le gritó exasperado Cuauhtémoc Cárdenas, líder del PRD y quien iba por su tercera elección presidencial. El ingeniero y el priista Francisco Labastida sostenían, ese 21 de mayo del 2000, a un ascendente Vicente Fox (PAN) que tuvo una tarde nada buena. De allí el guanajuatense salió con la etiqueta de terco y poco serio (trataba de armar al vuelo un debate presidencial con transmisión en televisión nacional) y una y otra vez, se enfrascaba en la insistencia de hacer el debate ese mismo día: “Hoy, hoy, hoy”.

El debate oficial, en el que habían tenido cabida todos los candidatos

presidenciales, seis en total, pero el guanajuatense quería asegurarse un debate a solas con los otros dos contendientes más fuertes.

Las vicisitudes electorales convirtieron ese día negro de Fox en una fortaleza y el “Hoy, hoy, hoy” y el debate tripartita se realizó francamente sin pena ni gloria. En efecto, resultó más relevante la curiosa forma en la que el segundo debate se armó, que el debate en sí.

En tanto, las normas electorales avanzaban y las reglas se hacían más rigurosas y su cumplimiento más vigilado. Sólo seis partidos lograron postular candidato y uno de ellos,



Porfirio Muñoz Ledo, optó por ceder su posición al panista Vicente Fox.

En cuanto al primer debate, entre las sorpresas que deparaba estaba la consolidación de figuras alternativas a las que

hacia falta abrirles espacios para que lograran enganchar con una parte del electorado. Fue el caso de Gilberto Rincón Gallardo (en la foto), su postulación socialdemócrata y su llamado a construir un país en el que las minorías tuvieran cabida.

Fue también el escenario del desinfe completo de Manuel Camacho Solís, quien apoyado por un muy joven Marcelo Ebrard, se desdibujaría completamente durante aquel primer debate presidencial. ●



Programa de debates 2024

El INE decidió que en 2024 habrá tres debates presidenciales a efectuarse los domingos 7 de abril, 28 de abril y 19 de mayo

Todo apunta a que los participantes serán Claudia Sheinbaum, Xóchitl Gálvez y Samuel García

La sede de los debates será la Ciudad de México, con duración de 120 minutos cada uno y en el horario estelar televisivo: 20:00 hrs

La promesa del INE es que buscará un formato ágil, con buenos moderadores que incentiven la confrontación de ideas de los candidatos

2006, AMLO a escena (y no va)



Mercado. Una vez más, una figura alternativa a los partidos más fuertes, Patricia Mercado, utilizó los debates para darse a conocer.

Reglas. En los debates presidenciales éstas alcanzan su madurez: se evita que los partidos grandes eliminen sin más de estos encuentros a los partidos nuevos o de menor calado.

Los debates pueden ser nocivos para quien va, pero también para quien no va. Andrés Manuel López Obrador había esquivado el desafuero por un asunto menor en su gestión como Jefe de Gobierno, siempre opuesto a Vicente Fox. Había generado una expectativa nacional en la que un tema suburbano, como la construcción de segundos pisos en un sector del Periférico del Distrito Federal, se convertiría en tema de atención nacional.

AMLO, como siempre dicharachero y poco apegado a las formas, había sido capaz de atraer la atención de muchos ciudadanos en el país, hasta colocarse como el candidato a vencer en la contienda de 2006. Y eso, sentirse seguro e "indestructible" (como se autocalificaba) le hizo tomar una decisión que quizás le impidió conseguir el puñado de votos para evitar que la contienda fuese ganada por el pa-

nista Felipe Calderón Hinojosa. El atril del entonces perredista quedó vacío en el primer debate (foto superior de este apartado), lo que debe haber hecho que Calderón se frotara las manos: él había tenido su propio periplo en el PAN, al enfrentarse a la imposición de un candidato preferido por Fox y por Martha Sahagún. Lo que requería del debate era rascar entre quienes iban a presentarse en las urnas y estaban indecisos. Calderón era el candidato que la población menos conocía, pero por lo mismo el que podía ganar más una vez que los votantes lo conocieran. No desaprovechó su oportunidad y le tundió tanto a AMLO como al priista Roberto Madrazo, quien había logrado dominar al tricolor luego de la derrota, la primera en su historia en el año 2000.

Cuando AMLO se presentó en el segundo debate su discurso tenía los elementos que hoy bien se le conocen



("nuestros adversarios", "privilegios", "la derecha"), pero el tono sereno le resultaría extraño a quien sólo haya visto al tabasqueño en los últimos años. Incluso habló a favor de la clase media y de "una convivencia social más humana".

A pesar del discurso conciliador de López Obrador, Calderón Hinojosa atacó

nuevamente a quienes no respetaban la ley, a quienes gobernaban con base en caprichos y desdibujaban las instituciones.

Es probable que ese mensaje sereno de López Obrador tranquilizara a quienes, en posiciones medias del espectro político mexicano, sentían simpatías por el tabasqueño. Es imposible saber el efecto de la ausencia en el primer debate, pero muy probablemente hubiera podido defender esa postura moderada desde un principio. Al final, como todos saben, incluso él, AMLO perdió las elecciones de 2006 por un puñado de votos •

2012 EN UNA ELECCIÓN cantada para peña



En la historia reciente de los debates (2012 y 2018) se han dado condiciones para que un puntero afiance su delantera sin demasiados sobresaltos. En esa medida, los debates han sido menos relevantes que aquel primero de 1994, en el que el orador-abogado-político Fernández de Cevallos se dio a conocer entre la población, lanzó acusaciones en tono novelesco contra sus contrincantes y se presentó a sí mismo como un hombre en el que se podía confiar.

Enrique Peña Nieto, quien tendría traspies como presidente en momentos que exigían salirse del guion, se mostró confiado durante los debates electorales, respondió a ataques de Josefina Vázquez Mota (la oficialista en ese momento que venía desinflándose estrepitosamente) y contra un Andrés Manuel López Obrador que aún no se decidía por la construcción de Morena y la ani-

quilación del PRD desde dentro. Aprovechó (al estilo de García Harfuch más recientemente) la fama de galán que se le había creado y no perdió la compostura ni el famoso peinado de copete.

El cuarto personaje en el debate fue Gabriel Quadri, quien quedó lejos de generar las expectativas que lograron figuras alternas nacidas en este tipo de encuentros.

Los debates de 2012, por eso mismo, terminaron siendo parte de una elección que al final deparó pocas sorpresas y también el regreso del PRI a la Presidencia de la República.

Quizás la de 2012 pueda ser tildada de la elección con los debates menos emicionantes de estos encuentros que, en sí mismo, siguen siendo una práctica reciente en el país.

En cualquier caso, era la segunda participación de AMLO en ellos.

2018... AHORA SÍ, NI HUBIERA IDO



Todo se alineó para que una segunda elección resultara poco reñida al final. Los debates se presentaron así, como una oportunidad para que el puntero indiscutible, López Obrador, se mostrara a sus votantes y mostrara su capacidad de responder a los ataques de sus contrincantes.

Al final, lo más relevante fue el cambio de formato, que dejó que los candidatos pudiesen caminar por el set televisivo y la posibilidad de réplicas y contrarréplicas. También ocurrió un cambio notable en la periferia de los candidatos. El Bronco vivió sus días de gloria, no para lograr más allá del 5 por ciento de la votación nacional, pero sí para dominar el escenario de los encuentros y hasta pedir entre candidatos, en lugar de cruzar las descalificaciones agrias.

Otra alternante, Margarita Zavala, dejada de lado por el PAN como posi-

ble candidata, se mostró titubeante y sin impacto en la audiencia, pero a diferencia de lo que era la norma en el contexto mexicano, decidió declinar su candidatura, ya que no había forma de alcanzar a los punteros. El finado Alejandro Hope fue quien convención a Zavala (no tanto a su marido) que la seriedad de un proyecto político incluía reconocer que no se contaba con el apoyo popular.

Ricardo Anaya, quien quizás era la figura que inicialmente lucía mejor equipada para estos encuentros, no logró prender entre la población, ni siquiera los jóvenes a la que dirigía la mayor parte de sus mensajes, y tuvo que ver como ese sector votaba masivamente por el tabasqueño sexagenario.

En cuanto a López Obrador le bastó poco, muy poco, para mantenerse. Un apodo a Anaya y sacar una frase como "abrazos, no balazos" •